

El libro del pasado

En un soleado día de verano, un grupo de niños jugaba en el Campo de San Francisco, ajenos de la extraordinaria aventura que les aguardaba. Allí, escondido tras un árbol, hallaron un libro, parecía de Edgar García. Buscaron por internet quién era ese señor, y no pudieron dar con su nombre. Después de un par de horas navegando por internet, uno de los niños empezó a leer en voz alta aquel libro, pero otro niño, al leerlo, contaba otra historia diferente; el siguiente niño se sorprendió aún más al descubrir una nueva historia. ¿Se trataba de un libro mágico?

Al otro lado del Campo, había una pequeña casita antigua donde vivía un sabio anciano, los niños, sin pensárselo dos veces, corrieron hasta su hogar, le preguntaron por aquel libro viejo y misterioso. Resultaba ser que el autor desconocido era su tatarabuelo.

- Pero señor, ¿por qué cada uno de nosotros ve una pequeña historia diferente? - le dijo uno de los niños.

- Cada uno de vosotros tiene una imaginación peculiar, lo que da lugar a una historia diferente, sin embargo, los adultos por tristeza vemos todos el mismo relato.

Los niños se quedaron boquiabiertos con las palabras de aquel anciano.

Así que decidieron leer el libro uno por uno, todos escucharían atentos las diferentes historias. Cada historia era una aventura emocionante, divertida, singular y que todos estaban dispuestos a experimentar. Una aventura trataba sobre un poderoso general del ejército que consiguió derrotar a los franceses y conseguir la paz; otra aventura era sobre un cocinero famoso que presentaba sus deliciosos platos ante el rey; la siguiente historia se basaba en un médico brillante que curaba la ceguera de los niños; otro niño leyó la historia de un famoso director de ópera, que había recorrido todos los teatros del mundo; y la última historia trataba sobre un futbolista triunfador que consigue fichar en los grandes equipos internacionales.

Todas las historias resultaron ser apasionantes y motivadoras para los cinco niños, reflejaban sus deseos futuros de convertirse en grandes personas y ser reconocidas a nivel mundial. Para llegar a superar sus metas, deberían estudiar y formar su personalidad.

Un niño decide llevarse el libro a casa. En la noche les pregunta a sus padres si se lo pueden leer, lo abrieron y era todo poesía de la vida:

La vida es difícil.

Ya pasó la edad juvenil.

Los días grises aparecen a mil.

No sigo aquí.

La vida es difícil.

Pero feliz nací.

Esa noche los niños que jugaban en el Campo San Francisco soñaron con el libro del pasado que resultó ser su libro del futuro o de los deseos a largo plazo. A la mañana siguiente, se reunieron los cinco niños en el Campo, estuvieron charlando un rato, y a lo lejos vieron al anciano dando un pequeño pero relajante paseo, el más pequeño de los cinco le saludó.

-Oye, ¿qué hacemos con el libro? - dijo uno de ellos

- ¿Por qué no preguntamos al anciano? - volvió a comentar el más pequeño.

Como todos estaban de acuerdo, decidieron ir a preguntar, corrieron hacia él y le preguntaron qué hacer con el libro.

-Yo creo que deberíais enterarlo de nuevo en el árbol donde lo encontrasteis, para que otros niños puedan ver su futuro dentro de muchos años.

El anciano les contó que cuando era más o menos de su edad su abuelo le regaló ese mismo libro. Su historia narraba la vida de un profesor al que le gustaba leer, y contar historias a sus alumnos, Al pasar las páginas, su relato narraba que dentro de muchos años conduciría a unos niños por el camino correcto, que sería un "EL GUARDIAN DEL LIBRO". Pero luego decidió enterrarlo bajo un árbol del Campo San Francisco, para que otros niños pudieran leer su futuro. Ese día fue muy importante para él, porque sentía que lo estaba haciendo lo que debía.

Los niños escucharon su historia, y les pareció impresionante, ¿Cómo era capaz de revelar el futuro tan solo un libro antiguo?, ¿también podría revelar el pasado?

-En fin, que deberías enterarlo otra vez- dijo el anciano.

Los niños le hicieron caso, uno de ellos fue a por una pala para excavar y otro fue a por el libro a casa. Un rato después, decidieron despedirse del libro, y lo enterraron de nuevo al lado de aquel árbol de hojas verdes, grande y fuerte.

El anciano se despidió de ellos y los niños se quedaron jugando. El futuro estaba por llegar.

FIN

Bárbara Cid González,

12 años